

Monotonía

Dana Emily Ramos Paredes

Yo no canto ni a mí
ni a nadie como lo hace Walt Whitman
apenas soy una estudiante.

Mientras pienso,
me concentro en el dolor de mis piernas
por el tiempo que llevo parada,
pienso en lo que he visto en cada una de mis clases,
considero la idea de renunciar cuando todo me consume,
pero no pierdo la esperanza.

Luego, el hartazgo, existo.

Valoro mi empeño,
pero a veces me pongo triste cuando nadie lo ve,
pero

¿Qué importa?

¿No debería solo importarme lo que pienso?

Mis ojos cansados de tanto enfocar,
mi voz seca de tanto hablar,
ese dolor en los dedos y las piernas por estar parada y teclear
lo más rápido posible,
mi mente abrumada entre la escuela y el trabajo,
pensamientos negativos y positivos mezclados entre sí,
mis parpados pesados queriendo descansar...

Escucho los refrigeradores funcionar,
los clientes cada vez más vienen en multitud,
niños desesperados
o quizás, inquietos brincando
por todas partes dentro del establecimiento.

Quisiera gritar...
Observo,
bostezo,
cuando menos lo pienso,
termina el caos,
ya no queda nadie por atender,
respiro,
me estiro,
me quedo en blanco algunos segundos para relajarme
y de la nada se escucha un “buenas noches”
y vuelvo a modo automático,
ser servicial,
casi perfecta,
ser cuidadosa para evitar cometer error alguno,
me canso,
suspiro,
pienso,

luego existo.